

Poetas al banquillo

JUAN LUIS MARTINEZ

(1942-1993)

De lo bueno, poco. Dos obras le bastaron a J.L.M.: «La Nueva Novela», 1977, y «La Poesía Chilena», 1978, para ocupar un sitio de honor en la poesía chilena. Exigente con el lenguaje, admirador de la página en blanco como desafío supremo de la comunicación, nuestro poeta llega a nuestra sensibilidad y desde allí podemos percibir un colectivo que no funciona.

La poesía chilena consiste en una caja con copia de los certificados de defunción de la Mistral, de Rokha, Huidobro y Neruda, una bolsa con tierra del Valle Central, más banderas chilenas con fichas de lectura en un hermoso mensaje que llama a la reflexión a moros y cristianos.

La nueva novela, que por supuesto no tiene ninguna relación con la narrativa, aplica el principio de que la función de la poesía es descolocar al lector. Es una obra sorprendente, mágica, cuidadosamente trabajada, al extremo que *se dice* provoca interés y susto en los editorialistas. Aquí el poeta utiliza la actividad intelectual en forma lúdica, se sugiere como autor, se rechaza y se hace desaparecer ironizando el excesivo yoísmo de la poesía tradicional.

J.L.M. es un explorador de fondo que se plantea el lenguaje como un problema al que le intenta exigir que se resuelva la comunicación. En su obra todo es relativo, incierto, azaroso, diverso.

La Nueva Novela es, además de un texto poético, un texto bibliográfico, un material de lectura constante para el lector inquieto. La N.N. es intensa, envolvente, tremendamente motivadora, fuerte, aniquilante, sorprendente. La N.N. resuelve el problema del hallazgo de un lenguaje adecuado para expresar aquellas concepciones finas, de situaciones límites, porque para ello ha encontrado los recursos del silencio y la página en blanco. Aparece, entonces, el respeto que merece el escritor aún cuando, aparentemente está siendo burlado.

Aquí la creación como la recreación emergen relativas, el intertexto fundamental y necesariamente invasor, y la poesía lírica, inútil e inservible. El escritor-lector tendrá en la La N.N. una obra fundamental, un libro de velador irremplazable que satiriza el ego del poeta lírico contemporáneo y con ingenio, humor, hiperintelectualismo, elimina el hablante en aras del protagonismo del lenguaje.

Ignacio Valente creía que le faltaba vivencia humana, Floridor Pérez le pregunta: ¿en la mano que escribe o en el ojo que lee?. Pensamos que ese nadie en la nada de J.L.M. es dramáticamente humano. La ausencia de sus textos en librerías es una vergüenza que se suaviza con el intento de estudiosos inteligentes por difundir su obra. Concordamos con Armando Uribe en que las ambiciones intelectuales relativas a la poesía producen pena y rabia, a las que agregaríamos impotencia.

Otorgadores de premios y financiamientos reivindíquense: editen la obra de J.L.M. para prestigio de nuestra poesía.

María Luz Moraga (MAYÚ)